

nacionalizarse con el aliciente de la propiedad raíz; intolerante en materia religiosa, pero mantenedora de un resto del *patronato* en compensación de esa intolerancia; dotada de su clásica división y ordenamiento de poderes, con un Legislativo bicamarista, con su cámara de representantes fundada en un estrecho régimen electoral, no desproporcionado á las exigencias cortísimas del país en materia de sufragio; con un Ejecutivo compuesto de un Presidente, que duraba ocho años en su encargo, un ministerio y un consejo de gobierno; con un poder judicial inamovible y una división del territorio en *departamentos*, dotados de asambleas electivas con amplias facultades de administración. Pero la gran novedad de las Siete Leyes consistió en la compaginación de un *Poder conservador*, destinado á mantener el equilibrio entre los poderes, autorizado para anular las determinaciones de éstos, para suspender sus funciones, para restablecerlos cuando fuera necesario, nunca *motu proprio*, siempre instigado por otro poder, todo ello para evitar la tiranía, y facultado también para declarar cuál era la voluntad de la nación en casos extraordinarios; esto era para evitar revoluciones. El poder conservador fué una rueda de sobra en el mecanismo, que lo pudo todo para estorbar el movimiento, nada para facilitararlo; lucubración de gabinete trasplantada á la ley para hacerla ingeniosa, no para hacerla vividera. En las constituciones federales el verdadero poder moderador es el judicial; pero, para hacerlo efectivo, se le ha quitado precisamente la facultad de hacer declaraciones generales que desquiciaran el mecanismo, limitándolo á las particulares que rectifican el movimiento.

El hombre de aquella situación de patriotas circunspectos, de políticos que no se creían ilusos porque su ilusión era retrospectiva, ansiosos de gobiernos fuertes, pero no tiránicos, y amigos sinceros, pero lentos y miedosos, del progreso, era el general Bustamante, que subió de nuevo á la presidencia en Abril de 1837; dado el régimen centralista, ninguno era más apto para consolidarlo mientras no estuviese zanjado el conflicto con los Estados Unidos, que apuntaba ya claramente. Su ministerio fué de hombres de patriotismo, de ilustración y de orden; el país iba á respirar.

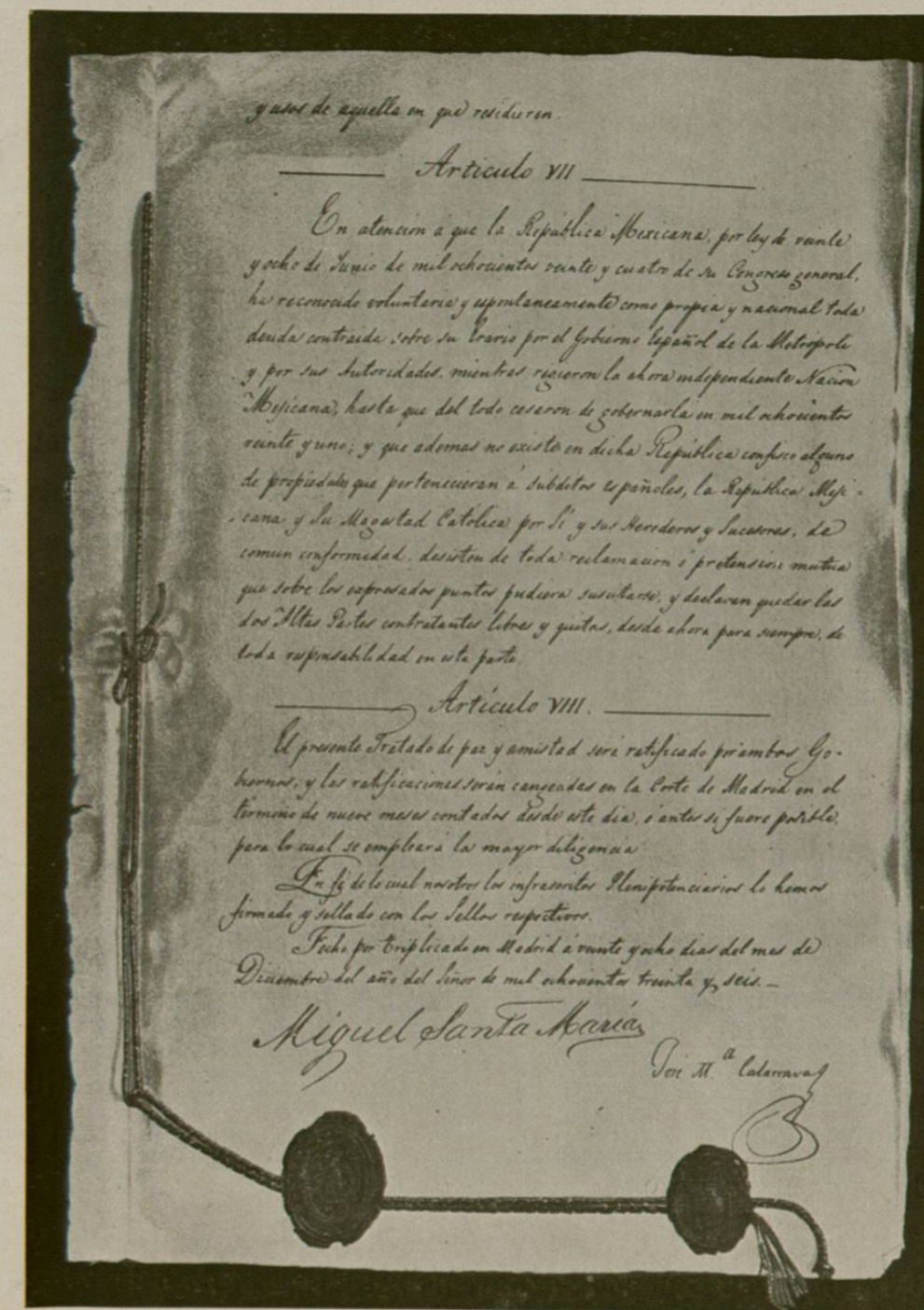
No tuvo tiempo; en el acto mismo, una humillación inferida por la marina americana á la nuestra, que cuidaba las costas de Texas, obligó al gobierno á pedir autorizaciones para exigir una satisfacción ó declarar la guerra á los Estados Unidos. Este era el lance supremo que se acercaba; todos nuestros recursos, todo nuestro poder de unión y de disciplina debían apurarse para permitirnos ocupar con honra nuestro puesto ante el mundo; en esos mismos instantes estalló un pronunciamiento por la federación en San Luis Potosí, el objeto real era apoderarse de fondos y favorecer negocios; la revolución fué sofocada: su jefe, el bravo y temible general Moctezuma, pereció, pero había costado todo sangre y dinero; la punta de la bayoneta con que debíamos haber presentado al gobierno de los Estados Unidos nuestro *ultimatum* se había quebrado en pechos mexicanos.

El pronunciamiento federalista de San Luis repercutió en diversas partes: Yucatán separado, Sonora alzado en armas, Nuevo México invadido, Michoacán incendiado, demostraban que ningún esfuerzo bastaba para pacificar el país; la tarea era inútil, el desaliento profundo. Alguna medida de protección á la industria galvanizaba aquí y allí el cuerpo social; pronto volvía todo á la inquietud, al temor, á la suprema angustia que produce la dificultad de vivir. Entonces tuvimos que apechugar con una guerra con Francia; injusto y absurdo alarde de fuerza del gobierno burgués de Luis Felipe, destinado á debilitarnos más ante el

conflicto americano, que amenazaba con subalternarnos para siempre á una nación que, con merma de los intereses latinos, nos impondría su industria y su comercio. Mucha arrogancia dentro y muy poco horizonte fuera tenían los ministros del rey de los franceses que nos obligaron á hacer un cuarto de conversión y defender nuestro flanco cuando teníamos el enemigo al frente. La política *d'épiciers* del ministerio que presidía M. de Molé, desvió de Francia el alma de una nación nueva, que iba toda hacia ella, é hizo un mal mayor: devolvió su prestigio al general Santa Anna, que impune, pero avergonzado, vivía en su hacienda veracruzana desde su vuelta de Texas.

Fué ésta una triste historia diplomática, compuesta de reclamaciones ridículamente exageradas de algunos franceses, víctimas como los mexicanos de los desmanes cometidos en nuestras contiendas civiles, y de empeños racionales de liberrar á los súbditos de Luis Felipe de préstamos forzosos y del efecto de leyes que pudieran prohibir á los extranjeros el comercio *al menudeo*. Moratorias del gobierno mexicano, que procuraba ganar tiempo, y notas altaneras y ultrajantes del ministro de Francia, llevaron la cuestión al terreno de la guerra, hecha inevitable por un *ultimatum* que estremeció de

indignación á la República, que comentó ante las cámaras con noble y encendida elocuencia el ministro de Relaciones, Cuevas, y que refutó en sus lecciones ante la juventud forense la ciencia severa y recta del eminente magistrado Peña y Peña. El bombardeo y la capitulación de Ulúa, defendido heroicamente con cuarenta vetustos cañones contra ciento cuarenta de la escuadra de Baudín; la tentativa contra Veracruz, en que Santa Anna fué gravemente herido, peleando con su habitual denuedo y estimulado por su amor rudimentario al suelo de la Patria y por su afán de borrar los recuerdos ominosos de Texas, lo que logró plenamente; luego la ocupación del puerto y, más de dos meses después, la mediación de



Facsimile de la última página del tratado de paz con España

Inglaterra y el convenio con Francia, que produjo la paz, y en que tuvimos que pagar lo que no debíamos, lo que no hubo entre quiénes repartir, dejaron incólume nuestro honor. Lo que, en cambio, demostraba la casi imposibilidad de que la nación encontrase cohesión y vida, con el centralismo y todo, era la revuelta, los pronunciamientos de todos los puertos del Golfo, que provocados descaradamente por el comercio contrabandista, nos dejaba sin recursos y trataba con los franceses.

Es cierto que la historia, que, en nuestro tiempo, aspira á ser científica, debe vedarse la emoción y concentrarse en la fijación de los hechos, en su análisis y en la coordinación de sus caracteres dominantes, para verificar la síntesis; pero abundan los períodos de nuestra historia en que las repeticiones de los mismos errores, de las mismas culpas, con su lúgubre monotonía, comprimen el corazón de amargura y de pena. ¡Cuánta energía desperdiciada, cuánta fuerza derramada en la sangre de perennes contiendas, cuánto hogar pobre apagado, cuánta, cuán infinita cantidad de vejaciones individuales, preparando la definitiva humillación de la patria! El salteador que pululaba en todos los caminos se confundía con el guerrillero, que se transformaba en el coronel, ascendíendose á general de motín en motín y aspirando á presidente de revolución en revolución; todos traían una acta en la punta de su espada, un plan en la cartera de su consejero, clérigo, abogado ó mercader, una constitución en su bandera, para hacer la felicidad del pueblo mexicano, que, magullado y pisoteado en un lodazal sangriento por todos en todas partes, se levantaba para ir á ganar el jornal, trabajando como una acémila, ó para ir á ganar el olvido batiéndose como un héroe. El período que de la guerra francesa viene á la guerra norte-americana, es uno de esos espantables de nuestra trágica historia. Se reprodujo después; mas una claridad apuntaba en el horizonte; pero antes, no; era de noche...

Bustamante, frío, escéptico, descorazonado, sin apego al poder, llama á Santa Anna y le deja el mando. ¿Cómo no, si era el ídolo, si era el trivial y eterno seductor de la República? Cuando la metralla francesa le destruyó una pierna en la playa veracruzana, él mismo cantó su gloria, se recató el martirio por la patria, y con el más sentido y teatral de los adioses reconquistó el corazón de su México; una actitud heroica, un requiebro romántico y la nación estaba á los pies de aquel Don Juan del pronunciamiento, del *Tedéum* y del préstamo forzoso...

El gran comediante, en quien la ambición y la vanidad eran toda el alma, desempeñaba á maravilla, cuando le convenía así, el papel de fiel y desinteresado. Enfermo aceptó la presidencia interina, y mientras Bustamante, llevando á sus órdenes á Arista y á Paredes, se dirigía á Tampico, foco principal de la revuelta que se apellidaba federalista, Santa Anna, con prodigiosa actividad, y sin esperar el permiso del Congreso, lograba impedir el pronunciamiento de Puebla con su sola presencia y salía al encuentro de la fuerte columna que, con ánimo de apoderarse de esta ciudad, venía de la Huasteca, escapando á los generales de Bustamante; mandábanla dos de los hombres de mayor audacia y bravura con que contaba el federalismo militar, Mejía y Urrea. Fueron vencidos, el primero fusilado por orden de Santa Anna; el segundo, fugitivo; volvió á Tampico, que se rindió por fin; se refugió en Tuxpan, que cayó á su vez, y, al fin, capturado y resguardado por una capitulación, fué traído á México, en donde conspiró tenazmente; cuando vuelto Santa Anna á su hacienda

y Bustamante á la presidencia, ensayaba éste con un ministerio moderado una política de apaciguamiento, Urrea logró realizar sus propósitos, sublevó una parte de la guarnición, alborotó al populacho, se apoderó del Palacio nacional, en donde aprehendió al presidente, llamó al señor Gómez Farías, que compartía la vida entre su casa y la cárcel desde que había vuelto del destierro, y juntos proclamaron la federación. Aquel golpe de audacia inaudita quedó sin eco; pronto el gobierno aisló á los pronunciados, los cercó con fuerzas respetables, y después de varios días de combate en las calles, logró poner en libertad al presidente y restablecer el orden.

Aquella sociedad mutilada sin cesar, sin un rayo de sol que alumbrara su cima, sin esperanza de llegar á la solución de un problema que el tiempo no resolvía, sino complicaba, y con un pantano de sangre y cieno en su tronco, se sentía capaz de vivir, ávida de vivir, sentía su savia, sentía su alma. Al primer contacto oficial con España (que como debiera haber hecho siempre, nos envió, no sólo un representante de su gobierno, sino de su literatura, que era por donde la unión íntima con la madre podía rehacerse), el árbol de las letras mexicanas se cubrió de renuevos; los periódicos, los ensayos en todos los géneros vinieron á luz; en los libros, en las academias, en los teatros, en las fiestas, parecía que algo amanecía en



D. José María Gutiérrez Estrada

los espíritus, ya que no en el cielo de la Patria. En otra parte de esta obra un experto dirá elocuentemente lo que fué y valió ese renacimiento, que parecía querer inmovilizar con las flores del ingenio y la poesía las armas de las guerras fratricidas. ¡Ay! ¡tanto no puede el arte! Uno de los que con más empeño había sido promotor ilustrado del movimiento literario, Gutiérrez Estrada, un yucateco, jefe del partido monarquista en México, como otro, Zavala, lo había sido del radical, propuso entonces, con una buena fe y un valor honrado que nadie ha puesto en duda, el remedio á nuestros males: la monarquía de un príncipe extranjero; nada podía haber más artificial, más facticio, más irrealizable en México que una monarquía; nada que fustigara más nuestro amor propio nacional que la monar-